

bre binomio que Birotteau para su *Esencia Comagena*, pues el aceite se convirtió en esencia, y el perfumista empleaba indistintivamente ambas expresiones sin conocer su valor. Todas las combinaciones acudían á su mente y confundía aquella actividad en el vacío con la substancial acción del talento. Preocupado como iba, había pasado ya por la calle de los Bourdonnais, y, al advertirlo, tuvo que volver sobre sus pasos, acordándose de que debía visitar á su tío.

Claudio José Pillerault, antiguo quincallero dueño de la *Campana de oro*, tenía una de esas fisonomías hermosas en las que todo está en armonía, traje y costumbres, inteligencia y corazón, lenguaje y pensamientos, palabras y hechos. Único pariente de la señora Birotteau, Pillerault había concentrado su cariño en ésta y en Cesarina, después de haber perdido, en el curso de su carrera comercial, á su mujer y á su hijo, y luego á un hijo adoptivo, hijo de su cocinera. Estas crueles pérdidas habían sumido á aquel buen hombre en un estoicismo cristiano, hermosa doctrina que animaba su vida y coloreaba sus últimos días con tonos semejantes á los que doran las puestas de sol en invierno. Su cara enjuta y de severos tonos, en los que el ocre y el pardo estaban armoniosamente confundidos, tenía, vulgarizándola, sorprendente analogía con la que los pintores atribuyen al Tiempo, pues las costumbres de la vida comercial le habían privado del carácter monumental exagerado por los pintores, los escultores y los fundidores. De mediana estatura, Pillerault era más bien rechoncho que gordo, la naturaleza le había tallado para el trabajo y la longevidad, y su cuadratura acusaba una fuerte contextura, pues era de temperamento seco y poco sensible, aunque no insensible. Pillerault, como lo indicaba su actitud tranquila y su cara serena, poseía una insensibilidad interior sin frases ni énfasis. Sus ojos, de pupila verde salpicada de puntos negros, eran notables por su inalterable lucidez. Su frente, surcada por líneas rectas y de tonos amarillos, era pequeña, deprimida y dura, y estaba cubierta por cabellos de un color gris plateado. Su fina boca anunciaba la prudencia y no la avaricia. La vivacidad de sus miradas denotaba una vida moderada, y, finalmente, la

probidad, el sentimiento del deber y una modestia verdadera le rodeaban de una especie de aureola, comunicando á su cara el relieve de una hermosa salud. Durante sesenta años había hecho la vida dura y sobria del trabajador infatigable. Su historia se parecía mucho á la de su sobrino César, sin las circunstancias felices de éste. Dependiente hasta los treinta años, sus fondos estaban empeñados en su comercio en el momento en que César empleaba sus economías en rentas. Su carácter juicioso y reservado, su previsión y su reflexión matemática influyeron en su manera de trabajar. La mayor parte de sus negocios se habían realizado de palabra, y rara vez había tenido dificultades. Observador como todas las gentes meditabundas, estudiaba á sus semejantes mientras hablaba, y muchas veces se negaba á hacer ventajosos mercados que aceptaban sus vecinos, los cuales se arrepentían luego y decían que Pillerault olía á los bribones. Prefería ganancias pequeñas y seguras, á esos golpes audaces que exigían el riesgo de grandes sumas. Trabajaba en planchas de chimenea, parrillas, toscos morrillos, calderas de hierro, azadones y utensilios de aldeano. Este comercio, bastante ingrato, exigía un excesivo trabajo mecánico. La ganancia no guardaba relación con la labor. Aquellas pesadas materias dejaban poco beneficio y eran difíciles de almacenar y de remover; así es que había tenido que clavar muchas cajas y que hacer muchos embalajes y desembalajes para que hubiese fortuna más noblemente ganada, más legítima y más honrosa que la suya. Nunca había encarecido la mercancía ni corrido tras los negocios. Los últimos días se le veía fumando su pipa delante de su puerta, mirando á los transeuntes y viendo trabajar á sus dependientes. En 1814, época en que se retiró de los negocios, su fortuna consistía en setenta mil francos, que colocó en papel del Estado, los cuales le daban cinco mil y pico de renta, y cuarenta mil francos, pagaderos en cinco años sin intereses, importe de sus existencias vendidas á uno de sus dependientes. Durante treinta años, haciendo anualmente negocios por valor de cien mil francos, había ganado el siete por ciento de esta suma, y su vida absorbía la mitad de sus



ganancias. Tal fué su balance. Sus vecinos, que no envidiaban su regular fortuna, alababan su juicio sin comprenderlo. En la esquina de la calle de la Moneda y la de San Honorato se encuentra el café *David*, adonde iba todas las noches Pillerault á tomar café en compañía de algunos otros negociantes. Allí, la adopción del hijo de su cocinera había sido objeto de alguna de esas bromas que se dirigen á un hombre respetado, pues el quincallero inspiraba una estimación respetuosa sin haberla buscado. Cuando Pillerault perdió á aquel pobre joven, asistieron al entierro más de doscientas personas, que fueron hasta el cementerio. En aquella ocasión estuvo heroico. Su contenido dolor, como el de todos los hombres fuertes sin fasto, contribuyó á aumentar la simpatía que todo aquel barrio sentía por el buen hombre. La sobriedad de Claudio Pillerault, convertida en hábito, no pudo avenirse á los placeres de una vida ociosa cuando abandonar el comercio, se sumió en ese reposo que tanto aplana al burgués parisiense. Continuó su mismo género de existencia y animó su vejez con sus convicciones, que eran las de la extrema izquierda. Pillerault pertenecía á esa parte obrera agregada por la Revolución á la burguesía. La única mancha de su carácter era la importancia que atribuía á su conquista. Pillerault se aferraba á sus derechos, á la libertad, á los frutos de la Revolución, y creía comprometida su posición y su consistencia política por los jesuitas, cuyo secreto poder anunciaban los liberales. Por lo demás, era consecuente en su vida y en sus ideas, no tenía nada de estrecho en su política, no injuriaba á sus adversarios, temía á los cortesanos, creía en las virtudes republicanas é imaginaba á Manuel puro de todo exceso, al general Foy como un gran hombre, á Casimiro Perier sin ambición, á Lafayette un profeta político y á Courier un buen sujeto. Tenía, en fin, nobles quimeras. El buen Pillerault vivía la vida de familia, y repartía sus visitas entre los Ragón, sus sobrinos os señores Birotteau, el juez Popinot, José Lebás y los Matifat. Personalmente, con mil quinientos francos tenía cubiertas todas sus necesidades, y el resto de sus rentas lo empleaba en buenas obras, regalos á su sobrinita y en dar á

sus amigos cuatro comidas al año en casa de Roland, llevándolos después al teatro. Desempeñaba el papel de esos solterones de quienes echan mano las mujeres casadas para satisfacer sus caprichos, una gira campestre ó una representación en la Ópera. Pillerault sentíase entonces feliz con el placer que causaba y gozaba con el corazón de los demás. Después de haber vendido sus existencias, no había querido abandonar el barrio á que estaba acostumbrado y había tomado en la calle de los Bourdonnais una pequeña habitación de tres piezas en el cuarto piso de una casa vieja.

Del mismo modo que las costumbres de Molineux se pintaban en su extraño mobiliario, así la vida pura y sencilla de Pillerault era revelada por las disposiciones interiores de su casa, compuesta de una antesala, un salón y un dormitorio. Con escasas diferencias, éste era en un todo semejante á la celda de un cartujo. La antesala, con ladrillos rojos muy fregados, no tenía más que una ventana provista de cortinas de percal y unas sillas de caoba guarnecidas con badana roja y clavos dorados; las paredes estaban tendidas de un papel aceitunado y decoradas con el Juramento de los americanos, el retrato de Bonaparte vestido de primer cónsul y la batalla de Austerlitz. El salón, arreglado sin duda por el tapicero, tenía una sillería amarilla, una alfombra, una chimenea con adornos de bronce sin dorados, una consola con un jarrón para flores y un velador con tapete, sobre el cual se veía un licorero. Lo nuevo de esta habitación anunciaba claramente el sacrificio hecho á las costumbres del mundo por el anciano quincallero, el cual recibía visitas rara vez. En su dormitorio, sencillo como el de un religioso ó de un veterano, que son los dos hombres que mejor aprecian la vida, un crucifijo y una pila de agua bendita atraían las miradas. Una anciana iba á limpiarle la casa; pero su respeto por las mujeres era tan grande, que no consentía que diera betún á los zapatos, lo cual hacía por abono en casa de un limpia-botas. Su traje era sencillo é invariable: generalmente llevaba una levita y un pantalón de paño azul, un chaleco de tela de Ruán, una corbata blanca y unos zapatos muy altos; los días de fiesta se ponía una levita con botones



de metal. Sus costumbres de levantarse, almorzar, salir, comer, veladas y retiradas, gozaban de la más exactitud, pues la regularidad de las costumbres es la base de la longevidad y de la salud. César, los Ragón, el abate Loraux y él no hablaban nunca de política, pues todos ellos se conocían demasiado para atacarse en el terreno del proselitismo. Al igual que su sobrino y que los Ragón, Pillerault tenía gran confianza en Roguín. Para él, el notario de París seguía siendo un ser venerable, una imagen viva de la probidad. En el asunto de los terrenos de la Magdalena, Pillerault se había entregado á un contra examen que motivaba el atrevimiento con que César había combatido los presentimientos de su mujer.

El perfumista subió los setenta y ocho peldaños que conducían á la puertecita de la habitación de su tío, pensando que este anciano debía estar muy fuerte para subirlos á diario sin quejarse. Al llegar encontró la levita y el pantalón colgados de la percha que había en el exterior, y á la señora Vaillant cepillándolos, mientras que aquel verdadero filósofo, envuelto en un capote gris, almorzaba en el rincón del fuego leyendo los debates parlamentarios en el *Constitucional ó Diario del Comercio*.

—Tío—dijo César,—el negocio está convenido y hoy se van á extender las actas. Sin embargo, si tuviera usted algún temor, aun hay tiempo de romper.

—¿Por qué romper? El negocio es bueno, aunque largo de realizar como todos los negocios seguros. Mis cincuenta mil francos están en el Banco, y ayer cobré los últimos cinco mil francos de mi renta. Respecto á los Ragón, emplean en él toda su fortuna.

—Y ¿de qué viven?

—No lo sé; pero no te apures, porque viven.

—Tío, seguiré sus consejos—dijo vivamente Cesar estrechando las manos al austero anciano.

—Y ¿cómo se hará el negocio?—preguntó bruscamente Pillerault.

—Yo llevaré tres octavos, y usted y los Ragón un octavo. Además, le abriré á usted un crédito en mis libros

hasta tanto se decida la cuestión de las actas notariales.

—Bueno; pero dime, hijo mío, ¿eres bastante rico para emplear ahí trescientos mil francos? Me parece que aventuras demasiado. ¿No sufrirá con ello tu comercio? En fin, eso es cosa tuya. Si tuvieras un fracaso, el papel está al ochenta y podrías vender parte del mío; pero ten cuidado, hijo mío, porque si acudieses á mí, es lo mismo que si echases mano de la fortuna de tu hija.

—Tío, ¿con qué sencillez dice usted las cosas más hermosas! Me emociona usted.

—También me emocionaba á mí hace un momento el general Foy. En fin, ya está hecho, los terrenos no pierden valor, la mitad serán nuestros y aunque tengamos que esperar seis años, siempre cobraremos algunos intereses. Hay unos corrales que pagan alquileres; de modo que no se puede perder todo. La única probabilidad, y aun ésta es imposible, es que Roguín se llevase nuestros fondos.

—Sin embargo, mi mujer lo teme, me lo decía esta noche.

—¿Roguín llevarse nuestros fondos!—dijo Pillerault riéndose.—¿Y por qué?

—Según ella, le huele demasiado la nariz, y como todos los hombres que no pueden tener mujeres, está rabioso por...

Después de haber dejado asomar á sus labios una sonrisa de incredulidad, Pillerault fué á tomar un talón, escribió en él la suma y firmó.

—Toma, ahí tienes un bono de cien mil francos contra el Banco, por Ragón y por mí. Esas pobres gentes han tenido que venderle á ese pillastre de Tillet sus quince acciones de las minas de Wortschin para completar la suma. Ver en ese estado á gente honrada es cosa que parte el corazón. ¡Gentes tan dignas, tan nobles, tan francas! Su hermano Popinot, el juez, no sabe nada, y ellos se esconden de él para no impedirle que siga haciendo sus obras de caridad. ¡Gentes que han trabajado como yo durante treinta años!

—Quiera Dios que el *Aceite Comageno* tenga éxito, porque me hará doblemente feliz—exclamó Birotteau.—Adios, tío. El domingo vendrá usted á comer con los Ragón y Roguín



y el señor Claparón, pues firmaremos todos pasado mañana. Mañana es viernes y no quiero hacer negocios en...

—¿También tienes esas supersticiones?

—Tío mío; nunca podré creer que sea día feliz para los hombres aquél en que el hijo de Dios sufre la muerte.

—Hasta el domingo—dijo bruscamente Pillerault.

—Si no fuera por sus opiniones políticas, dudo que hubiera en la tierra hombre mejor que mi tío—se dijo Birotteau mientras bajaba la escalera.—Pero ¿qué tendrá que ver él con la política? ¿Estaría tan bien sin pensar en ella para nada! Su testarudez prueba que no existe ningún hombre perfecto. ¡Las tres ya!—dijo César al entrar en su casa.

—Señor, ¿toma usted estos valores?—le preguntó Celestino enseñándole las letras del tratante en paraguas.

—Sí, á seis, sin comisión. Mujer, prepáralo todo para vestirme; voy á ver al señor Vauquelin, ya sabes para qué. Sobre todo una corbata blanca.

Birotteau dió algunas órdenes á sus dependientes y, como no viese á Popinot, adivinó que su futuro asociado estaba vistiéndose y subió al instante á su habitación, donde encontró la Virgen de Dresde puesta en un magnífico marco, según sus órdenes.

—¿Qué te parece? es lindo—dijo á su hija.

—Pero, papá, di que es hermoso, pues si no se burlarán de ti.

—¿Habrás visto una hija que riñe á su padre?... Pues bien, á mí me gusta tanto como Hero y Leandro. La Virgen es un asunto religioso que puede estar en una capilla; pero Hero y Leandro, ¡ah! lo compraré, pues el frasco para el aceite me ha sugerido ideas...

—Pero, papá, no te entiendo.

—Virginia, un cabriolé—exclamó César con voz retumbante cuando se hubo afeitado y una vez que se presentó el tímido Popinot arrastrando el pie á causa de Cesarina.

El enamorado no se había apercibido de que su defecto no existía ya para su amada: deliciosa prueba de amor que sólo pueden recoger las personas á quienes el azar castiga con un defecto corporal cualquiera.

—Señor—dijo,—la prensa podrá funcionar mañana.

—Y bien, ¿qué tienes Popinot? le preguntó César al ver que se ponía colorado.

—Señor, es la dicha de haber encontrado una tienda, trastienda, cocina con dos cuartos encima y dos almacenes por mil doscientos francos al año, en la calle de los Cinco Diamantes.

—Es preciso obtener un contrato de arriendo por diez y ocho años—dijo Birotteau.—Pero vamos á casa del señor Vauquelin; hablaremos por el camino.

César y Popinot subieron al cabriolé en presencia de los dependientes, que estaban asombrados al ver aquellos exorbitantes vestidos y un coche anormal, á causa de la ignorancia en que estaban acerca de las grandes cosas meditadas por el dueño de *La Reina de las Rosas*.

—Vamos á saber la verdad acerca de las avellanas—se dijo el perfumista.

—¿Avellanas?—repitió Popinot.

—Ya posees mi secreto, Anselmo—le dijo el perfumista;—se me ha escapado la palabra *avellana*, y todo consiste en eso. El aceite de avellana es el único que ejerce acción en el cabello, y ninguna casa de perfumería ha pensado en ello. Viendo el grabado de Hero y Leandro, me dije: Si los antiguos empleaban tanto aceite para sus cabellos, alguna razón tenían, ¡pues los antiguos son los antiguos! A pesar de las pretensiones modernas, soy de la opinión de Boileau respecto á los antiguos. Partí de este punto para llegar al aceite de avellana, gracias á tu pariente Bianchón, el estudiante de medicina, que me ha dicho que en la escuela sus compañeros emplean el aceite de avellana para activar el crecimiento de sus bigotes y patillas. No nos falta más que la sanción del ilustre señor Vauquelin. Instruidos por él, no engañaremos al público. Hace un momento, estaba en el mercado en casa de una vendedora de avellanas, para tener la primera materia, y dentro de poco estaré en casa de uno de los primeros sabios de Francia para obtener la quinta esencia. Los proverbios no carecen de sentimiento: «los extremos se tocan». Mira, hijo mío, el comercio es el intermediario de las pro-



ducciones vegetales y la ciencia. Angélica Madou recoge, el señor Vauquelín extrae, y nosotros vendemos una esencia. Las avellanas valen á real la libra, el señor Vauquelín va á centuplicar su valor y nosotros haremos un servicio á la humanidad, pues si la vanidad causa grandes tormentos al hombre, un buen cosmético es entonces un beneficio.

La religiosa admiración con que escuchaba Popinot al padre de Cesarina estimuló la elocuencia de Birotteau, el cual se permitió las frases más salvajes que pueda inventar un burgués.

—Sé respetuoso, Anselmo—dijo al entrar en la calle donde vivía Vauquelín,—vamos á penetrar en el santuario de la ciencia. Pon la Virgen de manera que se vea, sin afectación y sobre una silla, en el comedor. Con tal que no me enrede en lo que quiero decir...—exclamó sencillamente Birotteau.—Popinot, este hombre causa una impresión química, su voz me quema las entrañas y hasta me ocasiona un ligero cólico. Es mi bienhechor, y dentro de algunos instantes, Anselmo, será el tuyo también.

Estas palabras causaron frío á Popinot, el cual caminó como por encima de huevos, y miró con aire inquieto las paredes. El señor Vauquelín estaba en su gabinete cuando le anunciaron á Birotteau. El académico sabía que el perfumista era teniente alcalde y que gozaba de gran favor, y le recibió.

—Conque ¿no me olvida usted en medio de sus grandezas?—dijo el sabio;—bien es verdad que de químico á perfumista no hay más que un paso.

—¡Ay de mí! señor, de su genio á la sencillez de un buen hombre como yo, media la inmensidad. Le debo á usted lo que llama mis grandezas, y no lo olvidaré ni en este mundo ni en el otro.

—¡Oh! según dicen, en el otro seremos todos iguales, los reyes y los zapateros.

—Querrá usted decir los reyes y zapateros que se hayan portado santamente—dijo Birotteau.

—¿Es su hijo?—dijo Vauquelín mirando al pequeño Popinot, que estaba atontado al no ver nada de extraordinario

en un gabinete donde creía encontrar monstruosidades, máquinas gigantescas, substancias animadas.

—No, señor; es un joven á quien quiero mucho y que viene á implorar un favor igual al talento de usted; ¿no es infinito?—dijo con aire astuto. Venimos á consultarle por segunda vez, á diez y seis años de distancia, sobre una materia importante, de la cual estoy tan ignorante como un perfumista.

—¿De qué se trata?

—Ya sé que los cabellos ocupan todas sus vigiliass y que se dedica usted á su análisis; mientras que usted piensa en ellos por la gloria, yo pensaba por el comercio.

—Mi querido señor Birotteau, ¿qué desea usted de mí? ¿El análisis de los cabellos? (Tomó un papelito). Voy á leer á la Academia de ciencias una memoria sobre este asunto. Los cabellos se componen de una cantidad bastante grande de moco, de una pequeña cantidad de aceite blanco, de mucho aceite negro verdusco, de hierro, de algunos átomos de óxido de manganeso, de fosfato de cal, de una muy pequeña cantidad de carbonato de cal, de sílice y de mucho azufre. Las diferentes proporciones de estas materias constituyen los diferentes colores de los cabellos. Así, los rojos tienen mucho más aceite negro verdusco que los demás.

César y Popinot abrían unos ojos de tamaño risible.

—¡Nueve cosas!—exclamó Birotteau.—¡Cómo! ¿es posible que haya metales y aceites en un pelo? Es preciso que sea usted el que me lo dice, un hombre á quien venero, para que lo crea. ¡Es extraordinario! ¡Dios es grande, señor Vauquelín!

—El cabello—repuso el gran químico—es producido por un órgano folicular, una especie de bolsa abierta por sus dos extremidades; por una de ellas se adhiere á nervios y vasos, y por la otra sale el cabello. Según algunos de nuestros sabios colegas, entre ellos el señor Blainville, el cabello es una parte muerta expulsada de esta bolsa ó cripta que está llena de una materia pulposa.

—Es como si dijéramos el sudor de un palo—exclamó Popinot, á quien Birotteau dió un ligero golpe con el pie en el talón.



Vauquelín sonrió al oír la idea de Popinot.

—Hay medios ¿verdad?—dijo entonces César mirando á Popinot.—Pero señor, si los cabellos nacen muertos, es imposible hacerlos revivir, ¡y estamos perdidos! El prospecto es absurdo; usted no sabe lo estrambótico que es el público, no puede uno decirle...

—Que hay un estercolero en la cabeza—dijo Popinot queriendo hacer reír aún á Vauquelín.

—Catacumbas aéreas—le respondió el químico siguiendo la broma.

—¡Y mis avellanas que están compradas!—exclamó Birotteau, que era sensible á la pérdida comercial.—Pero ¿por qué venden...?

—Tranquílcese usted—dijo Vauquelín sonriendo,—veo que se trata de algún secreto para impedir el encanecimiento ó la caída de los cabellos. Escuche: he aquí mi opinión acerca de esta materia, opinión sacada de todos mis trabajos.

Aquí, Popinot enderezó las orejas como una liebre asustada.

—La descoloración de esta substancia viva ó muerta, es producida, según yo creo, por la interrupción de la secreción de las materias colorantes, lo que explicará cómo en los climas fríos el pelo de los animales que tienen hermosas pieles palidece y encanece durante el invierno.

—¡Eh! Popinot.

—Es evidente—repuso Vauquelín,—que la alteración de las cabelleras es debida á cambios súbitos en la temperatura ambiente...

—¡Ambiente, Popinot! retén, retén bien esto—exclamó Birotteau.

—Sí—dijo Vauquelín—al frío ó al calor alternativos, ó á fenómenos interiores que producen el mismo efecto. Así pues, probablemente las migrañas y las afecciones cefálicas absorben, disipan ó cambian los fluidos generadores. El interior concierne á los médicos. Respecto al exterior, vengan los cosméticos.

—Pues bien, señor—dijo Birotteau,—me devuelve usted

la vida. He pensado en vender el aceite de avellana, al ver que los antiguos hacían uso del aceite para sus cabellos, y los antiguos son los antiguos, pues soy de la opinión de Boileau. ¿Por qué los atletas se daban con cebolla...?

—El aceite de oliva vale tanto como el de avellana—dijo Vauquelín, que no escuchaba á Birotteau.—Todo aceite es bueno para preservar la bulba de las impresiones que dañan á las substancias que tiene en trabajo, nosotros diríamos en disolución si se tratase de química. Acaso tenga usted razón: el aceite de avellana posee, según me ha dicho Dupuytren, un estimulante. Trataré de conocer las diferencias que existen en los aceites de fabuco, de colza, de oliva, de nuez, etc.

—¿De modo que no me he equivocado?—dijo Birotteau triunfalmente,—he coincidido con un gran hombre. ¡Macassar está aplastado! Macassar, señor, es un cosmético dado, es decir, vendido, y vendido caro, para hacer salir los cabellos.

—Querido señor Birotteau—dijo Vauquelín,—no se han vendido dos onzas de *Aceite Macassar* en toda Europa.—El *Aceite Macassar* no ejerce la menor acción sobre los cabellos, pero los malayos lo compran á peso de oro á causa de su influencia conservadora sobre los cabellos, sin saber que el aceite de ballena es tan bueno como el *Aceite Macassar*. Ningún poder ni químico, ni divino...

—¡Oh! divino... no diga usted eso, señor Vauquelín.

—Pero, querido señor, la primera ley que Dios sigue es ser consecuente consigo mismo; sin unidad, no hay poder...

—¡Ah! visto de ese modo...

—Ningún poder puede, pues, hacer brotar los cabellos á calvos, lo mismo que usted no teñirá sin peligro los cabellos rojos ó blancos; pero alabando el empleo del aceite, usted no comete ningún error, ninguna mentira, y pienso que los que se servirán de él podrán conservar su cabello.

—¿Cree usted que la Academia real de ciencias podrá aprobar...?

—¡Oh! eso no es ningún descubrimiento—dijo Vauquelín.—Por otra parte, los charlatanes han abusado tanto del nombre de la Academia que no le proporcionaría á usted



ninguna ventaja. Mi conciencia se niega á mirar el aceite de avellana como un prodigio.

—¿Cuál sería la mejor manera de extraerlo? ¿por la decocción ó por la presión?—dijo Birotteau.

—Por medio de la presión entre dos planchas calientes, el aceite será más abundante; pero obtenido por la presión entre dos planchas frías, será de mejor calidad. Es preciso aplicarlo—dijo Vauquelin con bondad—sobre la piel misma, y no frotarse los cabellos con él; de otro modo no haría efecto.

—Retén bien esto en la memoria, Popinot—dijo Birotteau radiante de entusiasmo.—Mire usted, señor, he aquí un joven que contará este día entre los más hermosos de su vida. Le conocía á usted y le veneraba sin haberle visto nunca. ¡Ah! ¿se habla tanto de usted en mi casa! pues ya se sabe, el nombre que está siempre en el corazón no tarda en acudir á los labios. Mi mujer, mi hija y yo rogamos por usted todos los días, como se debe rogar por un bienhechor.

—Eso es demasiado por tan poca cosa—dijo Vauquelin molesto al oír las palabras de agradecimiento del perfumista.

—Ta, ta, ta—dijo Birotteau,—usted no puede impedir que le amemos, y mucho menos no queriendo aceptar nada de mí. Usted es como el sol: arroja la luz y aquellos á quienes ilumina no pueden devolverle nada.

El sabio se sonrió y se levantó, y el perfumista y Popinot se levantaron también.

—Mira, Anselmo, mira bien este gabinete. Perdona usted, señor, que yo le entretenga un instante; pero como sus momentos son tan preciosos, es fácil que no vuelva á entrar nunca más aquí y quiero que se fije.

—Bueno, ¿le van bien los negocios?—dijo Vauquelin á Birotteau.

—Bastante bien, señor—dijo el perfumista encaminándose al comedor seguido de Vauquelin.—Pero para lanzar al mercado este aceite con el nombre de *Esencia de Comageno* se necesita hacer muchos gastos.

—*Esencia y Comageno* son dos palabras que se repelen.

Llame usted á su cosmético *Aceite de Birotteau*, y si no quiere usted poner su nombre en evidencia, ponga otro. Pero ¡cómo! ¡aquí la Virgen de Dresde! ¡Ah! señor Birotteau, ¿quiere usted que riñamos?

—Señor Vauquelin—dijo el perfumista estrechando las manos al químico,—este regalo no tiene más valor que el que le dá la persistencia que he empleado en buscarlo. Ha sido preciso hacer investigaciones en todo Alemania para encontrarla; yo sabía que usted la deseaba y que sus ocupaciones no le permitían procurársela, y me he constituido en agente suyo. Agradezca usted, pues, no ese mal grabado, sino los cuidados, la solicitud y las marchas y contramarchas que prueban mi sincero afecto. Yo hubiese querido que usted diese algunas substancias que hubiera tenido que buscar en el fondo de un precipicio para llegar y decirle: «Aquí las tiene usted». No vaya usted ahora á devolvermela. Nos olvidamos tan fácilmente unos de otros, que espero que aceptará ese grabado como recuerdo mío, de mi mujer, de mi hija y de mi futuro yerno. Viendo esa Virgen, usted dirá siempre: «Aun hay buenas gentes que piensan en mí».

—Acepto—dijo Vauquelin.

Popinot y Birotteau sintieron que se les humedecían los ojos, tanta fué la emoción que les produjo el acento de bondad con que el académico pronunció aquella palabra.

—¿Quiere usted acabar de colmarme con sus bondades?

—le preguntó el perfumista.

—¿Cómo?—dijo Vauquelin.

—Reúno algunos amigos...—dijo Birotteau levantándose sobre los talones y afectando un aire humilde—tanto para celebrar la libertad del territorio, como mi nombramiento para la orden de la Legión de honor.

—¡Ah!—dijo Vauquelin asombrado.

—Tal vez me he hecho digno de este regio é insigne favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por los Borbones en las gradas de San Roque el 13 de Vendimario, donde fui herido por Napoleón. Mi mujer da un baile dentro de veinte días. Venga usted, señor. Hágame usted el



honor de comer con nosotros ese día. Para mí será recibir dos veces la cruz. Ya le avisaré con anticipación.

—Pues bien, sí, acepto—dijo Vauquelin.

—Mi corazón se dilata de alegría—exclamó el perfumista una vez estuvo en la calle.—Vendrá á mi casa. Temo haber olvidado lo que ha dicho acerca de los cabellos. ¿Te acuerdas tú, Popinot?

—Sí, señor, y me acordaré aún dentro de veinte años—contestó Anselmo.

—¡Qué gran hombre, qué mirada y qué penetración! ¡Ah! y no ha titubeado. Al primer golpe ha adivinado nuestros pensamientos y nos ha dado los medios de hundir el *Aceite Macassar*. ¡Ah! ¡Macassar, tú mientes, no hay nada que pueda hacer brotar los cabellos! Popinot, tenemos una fortuna; así es que mañana á las siete estaremos en la fábrica, recibiremos las avellanas y haremos el aceite, pues aunque él ha dicho que todo aceite es bueno, esto no lo sabe el público. Si no entrase en nuestro aceite un poco de avellana y de perfume, ¿con qué pretexto podríamos venderlo á tres ó cuatro francos las cuatro onzas?

—Señor, va usted á ser condecorado—dijo Popinot,—¡qué gloria para...!

—Para el comercio, ¿verdad, hijo mío?

El aire triunfante de César Birotteau, que creía segura su fortuna, fué notado por los dependientes, los cuales se hicieron signos entre sí, pues la carrera en coche y la indumentaria del cajero y del patrón les habían sumido en extrañas hipótesis. El mutuo contento de César y de Anselmo, demostrado con miradas diplomáticamente cambiadas, y la mirada llena de esperanza que Popinot dirigió por dos veces á Cesarina, anunciaban algún acontecimiento grave y confirmaban las conjeturas de los dependientes. En aquella vida laboriosa, los más pequeños accidentes adquirían el interés que da un prisionero á los de su cárcel. La actitud de la señora de César, que respondía á las miradas olímpicas de su marido con aire de duda, acusaba una nueva empresa, pues en tiempo ordinario Constanza hubiera estado contenta, como ocurría cuando se vendía mucho, y aquel día la recau-

dación ascendía á seis mil francos por la circunstancia de haber sido cobradas algunas facturas atrasadas.

El comedor y la cocina, que recibía la luz de un patio y que, separada de aquél por un pasillo, desembocaba en la escalera que ocupaba un rincón de la trastienda, se hallaban en el entresuelo, donde estaba antes la habitación de César y de Constanza: así es que el comedor donde había transcurrido la luna de miel tenía el aspecto de un saloncito. Durante la comida, el mozo de confianza Raguet se quedaba en el almacén; y á los postres bajaban allí todos los dependientes, dejando solos á César, á su mujer y á su hija en el rincón del fuego. Esta costumbre provenía de los Ragón, los cuales, siguiendo los antiguos usos y costumbres del comercio, mantenían entre ellos y los dependientes la enorme distancia que existía antaño entre los maestros y los aprendices. Cesarina ó Constanza servían entonces al perfumista su taza de café, la cual tomaba éste sentado en una poltrona en el rincón del fuego. Durante esta hora, César ponía á su mujer al corriente de los pequeños acontecimientos del día, le contaba lo que había visto en París, lo que pasaba en el arrabal del Temple y las dificultades de su fabricación.

—Constanza—le dijo cuando los dependientes hubieron bajado,—este es, indudablemente, uno de los días más importantes de nuestra vida. Las avellanas están compradas, la prensa hidráulica dispuesta á maniobrar mañana y el asunto de los terrenos cerrado. Toma, guarda ese bono contra el Banco—dijo entregándole el documento que le había dado Pillerault.—La restauración de la casa está decidida y nuestra habitación aumentada. ¡Dios mío! he visto en el patio Batave un hombre muy raro.

Y le relató lo del señor Molineux.

—Veo que te has empeñado en doscientos mil francos—le respondió su mujer interrumpiéndole.

—Es verdad, mujer—dijo el perfumista con falsa humildad.—Y ¿cómo pagaremos eso, Dios mío? Porque no hay que contar para nada con los terrenos de la Magdalena, destinados á ser algún día el barrio más hermoso de París.

—¡Algún día, César!



—¡Ay de mí!—dijo el perfumista continuando la broma.—Mis tres octavos no valdrán un millón hasta dentro de seis años. Y ¿cómo pagaremos los doscientos mil francos?—repuso César haciendo una mueca de espanto.—Pues bien, los pagaremos con esto—dijo sacando del bolsillo una avellana que había cogido en casa de la señora Madou y enseñándosela á Cesarina y á Constanza.

Su mujer no dijo nada; pero Cesarina, intrigada, le dijo á su padre al mismo tiempo que le servía el café:

—Papá, veo que estás de buen humor.

El perfumista, al igual que sus dependientes, había sorprendido durante la comida las miradas dirigidas por Popinot á Cesarina; así es que quiso esclarecer sus sospechas.

—Mira, hijita mía, esta avellana va á ser causa de una revolución en nuestro hogar. Desde esta tarde habrá uno menos en casa.

Cesarina miró á su padre como para decirle: «¿Qué me importa?»

—Popinot se va.

Aunque César era un mal observador, y hubiese preparado su última frase tanto para tender un lazo á su hija como para explicar la creación de la casa A. POPINOT Y COMPAÑIA, su ternura paternal le hizo adivinar los confusos sentimientos que embargaban el corazón de su hija, los cuales aparecieron en sus mejillas y en su frente, coloreándolas. César creyó entonces en algunas palabras cambiadas entre Cesarina y Popinot, lo cual no era verdad, pues los dos niños se entendían, como todos los amantes tímidos, sin haberse dicho una palabra.

Algunos moralistas creen que el amor es la pasión más involuntaria, más desinteresada y la menos calculadora de todas, excepto el amor materno. Esta opinión implica un craso error. Si la mayor parte de los hombres ignoran las razones que hacen amar, toda simpatía física ó moral no está menos basada en cálculos hechos por el espíritu, el sentimiento ó la brutalidad. El amor es una pasión esencialmente egoísta. Quien dice egoísmo, dice profundo cálculo. Así á todo espíritu que atiende solamente por los resultados, puede

parecer inverosímil ó singular ver á una hermosa joven como Cesarina enamorada de un pobre muchacho cojo y de cabellos rojos. No obstante, este fenómeno está en armonía con la aritmética de los sentimientos de la clase media. Explicarlos será dar cuenta de los matrimonios, observados siempre con constante sorpresa, que se hacen entre grandes y hermosas mujeres y hombrecitos, y entre pequeñas y feas criaturas y hermosos muchachos. Todo hombre atacado de un defecto de conformación cualquiera, pateta, la claudicación, las diversas gibosidades, la excesiva fealdad, las manchas de vino extendidas por la cara, las hojas de parra, la enfermedad de Roguín y otras monstruosidades independientes de la voluntad de los fundadores, no tiene más que dos caminos que escoger: ó hacerse temible ó poseer una exquisita bondad, pues no les es permitido flotar entre los términos medios propios de la mayor parte de los hombres. En el primer caso, ha de tener talento, genio ó fuerza, y entonces no inspira terror más que con el poder del mal, respeto á causa de su genio, y miedo por su mucha malicia. En el segundo caso, se hace adorar, se presta admirablemente á las tiranías femeninas, y sabe amar mejor que las personas de irreprochable constitución. Educado por gentes virtuosas, por los Ragón, modelo de la más honrosa burguesía, y por su tío el juez Popinot, Anselmo había logrado disimular su ligero vicio corporal por medio de su candor, de sus sentimientos religiosos y de la perfección de su carácter. Sorprendidos de esta tendencia que hace tan simpática á la juventud, Constanza y César habían hecho frecuentemente el elogio de Anselmo delante de Cesarina. Aunque mezquinos, los señores Birotteau eran grandes de alma y comprendían bien las cosas del corazón. Estos elogios encontraron eco en una joven que, á pesar de su inocencia, leyó en los ojos tan puros de Anselmo un sentimiento violento, siempre halagador, cualquiera que sea la edad, el rango ó el tipo del amante. El pequeño Popinot debía tener muchos más motivos que un hombre guapo para amar á una mujer. Si la mujer era hermosa, estaría loco por ella hasta exhalar el último suspiro, su amor le daría ambición, se mataría por hacer feliz á su



mujer y la dejaría dueña de su casa, y se complacería en ser dominado. Así pensaba Cesarina involuntaria y no tan crudamente acaso; veía en lontananza la cosecha del amor y razonaba por comparación: la dicha de su madre estaba ante sus ojos, no deseaba otra vida, y su instinto le hacía ver en Anselmo otro César perfeccionado por la educación, como ella lo estaba por la suya. Soñaba con Popinot alcalde de un departamento y se complacía en creer que algún día presidiría la mesa petitoria de su parroquia, como su madre en San Roque. Había acabado por no apercebirse de la diferencia que existía entre la pierna derecha y la izquierda de Popinot, y hubiese sido capaz de decir: «Pero ¿cojea?» A ella le gustaba aquella pupila tan límpida, y se había complacido en ver el efecto que producía su mirada en aquellos ojos que tan pronto brillaban con fuego púdico, como se bajaban melancólicamente. El primer pasante de Roguín, Alejandro Crottat, dotado de esa precoz experiencia debida á la costumbre de los negocios, tenía un aire medio clínico, medio bonachón que sublevaba á Cesarina, la cual se hastiaba ya con lo insulso de su conversación. El silencio de Popinot denotaba un alma cariñosa. Cesarina gustaba de su sonrisa medio melancólica que le inspiraba insignificantes vulgaridades, y las tonterías que le hacían sonreír excitaban siempre alguna repulsión en ella y ambos sonreían y se entristecían juntos. Esta superioridad no impedía á Anselmo de precipitarse en el trabajo, y su infatigable ardor agradaba á Cesarina, pues ella adivinaba que si los dependientes decían: «Cesarina se casará con el primer pasante del señor Roguín», Anselmo, pobre, cojo y de cabellos rojos, no desesperaba de obtener su mano. Una gran esperanza prueba un gran amor.

—¿Adónde se va?—le preguntó Cesarina á su padre tratando de tomar un aire indiferente.

—¡Va á establecerse en la calle de los Cinco Diamantes! y á fe, ¡á la gracia de Dios!—dijo Birotteau, cuya exclamación no fué comprendida ni por su mujer ni por su hija.

Cuando Birotteau encontraba una dificultad moral, hacía como los insectos ante un obstáculo: tiraba á izquierda ó á

derecha; cambió, pues, la conversación, prometiéndose hablar de Cesarina con su mujer.

—He explicado tus temores y tus ideas acerca de Roguín á tu tío Pillerault, y se ha echado á reír—dijo á Constanza.

—No debes decir nunca lo que decimos entre nosotros—exclamó Constanza.—Ese pobre Roguín tal vez sea el hombre más honrado del mundo, tiene cincuenta y ocho años y no piensa ya sin duda...

Y se detuvo de pronto al ver á Cesarina atenta y se la mostró con una mirada á César.

—¿He hecho, pues, bien en cerrar el trato?—dijo Birotteau.

—Tú eres el amo—respondió ella.

César cogió á su mujer por las manos y la besó en la frente. Esta respuesta implicaba siempre en ella un consentimiento tácito de los proyectos de su marido.

—Vamos—exclamó el perfumista bajando á su almacén y hablando con sus dependientes,—la tienda se cerrará á las diez. ¡Señores, un golpe de mano! ¡se trata de transportar durante la noche todos los muebles del primer piso al segundo! Es preciso meter, como dicen, los pucheros pequeños en los grandes, á fin de dejar mañana á mi arquitecto libre de todo estorbo. Popinot ha salido sin mi permiso—dijo César al no verle.—¡Ah! ya lo olvidaba, no duerme aquí. Habrá ido—pensó—á anotar las ideas de Vauquelin, ó á alquilar una tienda.

—Conocemos la causa de este trasiego—dijo Celestino hablando en nombre de los otros dos dependientes y de Roguet, agrupados tras él. ¿Nos será permitido felicitar al señor por una dicha que alcanza á toda la casa? Popinot nos ha dicho que el señor...

—Pues bien, hijos míos, ¡qué queréis! me han condecorado. Así, pues, no solamente á causa de la libertad del territorio, sino también para celebrar mi promoción para la Legión de honor, reunimos á nuestros amigos. Tal vez me he hecho digno de este insigne y real favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por la causa real, que he defendido... á vuestra edad, en los peldaños de San Roque el 13 de Vendimiario, fui herido en un muslo por Napoleón,